



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

À la salida.

SUMARIO

TEXTO
DE TODO UN POCO

POR
Luis Taboada

¡QUÉ MONADA!

POR
Juan Pérez Zúñiga

EL TRIPLE SALTO MORTAL

POR
José Estremera

COPLAS

POR
Eduardo de Palacio

HABLADURÍAS

POR
Constantino Gil

AMOR Y ORTOGRAFÍA

POR
Manuel del Palacio

DÉFENSE DE FUMER

POR
José Jackson Veyan

PULVIS ES...

POR
Sinesio Delgado

CHISMES Y CUENTOS

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ANUNCIOS



GRABADOS
À LA SALIDA

POR
Cilla

EL TRIPLE SALTO MORTAL

(cinco viñetas)

POR
Mecachis

LAS ACEITUNAS

(fotografía de Huerta)

BIENAVENTURADOS LOS MANSOS

POR
Cilla

TARDE Y CON DAÑO

(seis viñetas)

POR
Mecachis



—¡Qué lástima que se haya acabado el baile! ¿verdad?
—¡Al contrario! Yo estaba deseando que se acabara.
—¿Para qué?
—Pues para... tocar las consecuencias.



DE TODO UN POCO

Los veterinarios municipales han decomisado varios cerdos que iban á ser inmolados y no reunían las condiciones necesarias de robustez, agilidad y belleza.

También ha sido reconocida y retirada de la circulación estomacal una vaca soltera, por hallarse padeciendo una tisis galopante, como la *Traviatta*.

Gracias á aquellos dignísimos funcionarios no habrá que lamentar desgracias personales, como ha sucedido en un pueblo de Galicia, donde comieron oveja embarazada dos matrimonios y á las cinco horas estaban los cuatro cónyuges de cuerpo presente.

No hay que fiar en los animales, por robustos que parezcan, porque á lo mejor está uno tratando á un gato toda la vida y hasta que fallece no sabe que padecía del hígado.

Si los animales supieran quejarse como se quejan algunas criadas, teniendo menos inteligencia, podrían evitarnos muchos disgustos, y no nos expondríamos á comer conejo con sarampión ó besugo con catarro pulmonar crónico.

Los animales están sujetos á las mismas vicisitudes físicas y morales que afligen al hombre. Hay perros tristes que buscan la soledad para que nadie advierta su sufrimiento, y el hombre observador puede notar que ladran con cierta melancolía.

Examinad á un perro triste, seguidle paso á paso y vendréis á descubrir que ha quedado viudo ó que ha perdido á uno de sus pequeñuelos, víctima de la morcilla municipal.

Aún no hace muchos días que se volvió loca una cotorrita residente en nuestra vecindad.

—¿Cómo ha sido eso?—preguntábamos á su dueña.

—Yo lo atribuyo á una chica tiple que ha venido á vivir al piso segundo—contestaba la aludida.—Desde la mañana á la noche no hace más que cantar, y esto basta para volver loco á cualquiera.

Ahora que acabamos de descubrir la existencia de cerdos erisipelosos y vacas tísicas, no estaría de más el nombramiento de una comisión inteligente que auscultase el ganado vacuno, á fin de evitar que nos comamos, sin saberlo, un *entrecôt* de buey tuberculoso ó un solomillo de *Dama de las Camelias*.

*
**

Por todas partes nos persigue la mala estrella. Prescindiendo ya de la alimentación, que sobre ser cara contiene verdaderos peligros, hay ahora unos catarros de carácter *grippal* que nos parten por el eje.

Va usted al teatro, y la tos de los espectadores nos impide oír las escenas más interesantes del drama.

No hace muchas noches tuve la mala fortuna de sentarme dando la espalda á un sujeto acatarrado, que se pasó los tres actos tosiéndome en el cogote.

—Hágame usted el favor de toser hacia los lados—tuve que decirle.

Y él me contestó tranquilamente:

—No tengo confianza con mis adláteres. Cuando viene conmigo mi señora le toso encima, pero hoy va usted á permitirme esta libertad.

Tuve que abandonar el teatro antes de que acabase la función, y me he quedado sin saber el desenlace del drama. Cuando yo salí, dejaba al galán declarándose á la dama joven en ripios sonoros, mientras el traidor de la obra preparaba un veneno, escondido detrás de una silla.

El galán.—Bendigo ese rostro ameno.
Hoy mismo hablaré á tu padre.

El traidor.—Que te cuadre ó no te cuadre,
beberás este veneno.

El de la *grippe* tuvo un golpe de tos muy fuerte, y yo, huyendo de la lluvia, salí al pasillo y no he vuelto á saber nada; pero los periódicos dicen que la obra es un prodigio, y esto me hace creer que no vale dos pesetas.

Porque los periódicos...

*
**

Sucede con las obras lo que con ciertas actrices que *debutan*.

—Hombre, vengo á verle á usted para recomendarle á una chica que empieza.

—¿Á padecer?

—No, señor; á *aztuar*.

—¿Y qué desea usted que le haga?

—Pues que la trate con consideración en el periódico. Es huérfana, mantiene á un primo suyo recién casado y posee un hermoso corazón.

—Corriente; ya la veremos *debutar*.

—Como actriz vale poco, porque es muy chata y no tiene salida para la respiración; además pronuncia mal las erres, porque tuvo la tos ferina; pero yo quiero que la prensa la ensalce.

Á lo mejor el que recomienda á la chica es persona respetable, digna de toda consideración, aunque tonto de nacimiento, y el periodista se ve obligado á presenciar el *debut* con lágrimas en los ojos.

—¡Caramba, D. Benito!—dice el hijo de las prensas al recomendante.—La chica es una bestia de marca mayor, y usted dispense que hable así.

—Hoy no se la puede juzgar, porque tuvo un disgusto con el primo y se cayó encima de un brasero.

—Con brasero y sin él, me parece una caballería.

—No *desagere* usted, vamos; y sobre todo, es huérfana y hay que alentarla.

—Se la alentará; pero conste que lo hago por usted, D. Benito.

—Gracias, gracias...

Al día siguiente dice el periódico:

«La señorita Ombliaguero reúne condiciones brillantísimas para el arte á que se consagra. Voz hermosa, figura esbelta, pronunciación clara, maneras distinguidas y un hermoso pelo, que, de soltarlo, le llegaría seguramente hasta más abajo de las corvas.

Felicitemos á la empresa por esta adquisición, que ha de dar grandes resultados, etc., etc.»

Así se escribe la historia de algunas actrices que todos conocemos.

Luis Calvoada.

¡Qué monada!

Un tranvía, catorce soldados con mochila, capote y fusil, dos fantoches muy mal encarados, un moro de pasta y un ferrocarril.

El retrato del rey con babero hecho á pluma por un concejal, un reloj con sus tapas de acero que en una almoneda costó medio real.

Dos trompetas de grande tamaño (que me han dado la gran desazón), tres pelotas y un lindo rebaño de mansas ovejas de trapo y cartón.

Un cartucho que tuvo pastillas, una Virgen del Carmen sin pies, un copón, dos ó tres banderillas, un rompecabezas y un gato montés.

Un corcel con la cola de esparto adquirido hace poco en París, dos pistolas, un ros, un lagarto y un juego de bolos de nuestro país.

Un teatro en que hacían proezas quince actores de pino y percal, que estudiaban por cierto las piezas con más fe que algunos de carne mortal.

Un Sagasta de barro cocido con narices de marca mayor y un violín de tan ronco sonido que en medio del vientre causaba dolor.

Varios cromos, un pito con flores, dos barajas, un casco alemán y un bonete que en tiempos mejores cubrió los diez pelos del padre Fabián.

Un capote de lidia con sietes y, por fin, un altar y un tambor. ¡No ha deshecho más que estos juguetes ayer por la tarde mi niño mayor!

Juan Pérez Zúñiga.



Los payasos de circo son unos hombres como otros cualesquiera. Ellos parecen muñecos ó bichos raros en la pista, pero en saliendo á la calle pueden muy bien llamarse Juan Pérez ó Mr. Fulaine.

El cuerpo no es seguro que lo tengan como los demás humanos, porque usted mismo que me lee en este momento, así sea usted fornido como un roble, si diera una caída como las que da cualquier payaso, llamaba usted al médico. Pero el alma parece que sí es como la de cualquiera.

Tom Multon, que en el siglo se llamaba Silvestre Calasparra, y que, aunque se hacía el inglés, era manchego, tenía una imaginación viva y soñadora y un alma que no le cabía en el cuerpo, con ser recio como un obús y largo como una espingarda.

Tal era su mole, que no había en la compañía artista que pudiese con él, ni aun el *Hércules* que rompía un hierro con los dientes y servía de cureña á un cañón atroz. Por eso, en los ejercicios de á dos ó más, Tom siempre hacía de base, que es el que cae debajo.

A pesar de su volumen, era ágil como una mariposa, y diciendo aquello de *otro jombre aquí*, saltaba como una pluma por encima de todos los de la Compañía.

¡Quién, al verle lavarse la cara con arena, ó haciendo movimientos de bailarina, con faldas de tul y una vejiga inflada por *polisón*, diría que aquel hombre no sólo era capaz de sentir pasiones, sino que sentía una vivísima y amorosa que le hacía llorar como una Magdalena en cuanto se quitaba los tiznados del rostro!

Pues sí, señor; en aquel cuerpo de Yorik (véase *Hamlet*, acto quinto, escena segunda) se encerraba un alma de Macías.

Cierto que es difícil imaginarse á un Macías rodando por los suelos á fuerza de cachetes ó andando con las manos; pero ya hemos convenido en que los payasos son hombres también, y están, por lo tanto, sujetos á las miserias y debilidades humanas. ¡Qué le hemos de hacer!

Si al menos se hubiera enamorado de una reina del alambre ó de otra cualquier soberana circense, santo y bueno; él podía haberse proclamado rey de los cochinos—que sabía amaestrar perfectamente,—y ya no había diferencias jerárquicas; pero, no señor, se fué á enamorar el maldito de una abonada á los días de moda, elegante, distinguida, peripuesta y rubia, al parecer, como unas candelas. Y digo «al parecer» porque no se ha podido averiguar si lo rubio de sus cabellos era don de la naturaleza ó producto de la química. Sea como fuere, la chica llamaba la atención é inspiraba piropos á los transeuntes, y debía los trajes y los sombreros á las modistas más caras de Madrid.

Los días de entre semana, el payaso hacía sus ejercicios con cierta seguridad, aunque siempre con el pensamiento puesto en la rubia y echando de vez en cuando tiernas miradas hacia el sitio que ocupaba ella en las noches de gala; pero en llegando las funciones de moda era otro hombre; no le salía nada á derechas, por lo cual—cosa rara—alcanzaba sus más ruidosos triunfos, porque el público, tomando sus torpezas por gracias, se desternillaba de risa, creyendo que todo le salía mal expreso.

Una noche estaba sosteniendo un aro de los que saltan las *maravillas ecuestres*, colocado frente por frente de su amada; y extático en la contemplación de aquella belleza, que á él le parecía incomparable, siempre se retrasaba en el cumplimiento de su alta misión, haciendo perder el compás y la paciencia de la sílfide saltadora, con lo que reía el público y se desesperaba ella. Una vez puso el aro á tiempo; pero viendo que la rubia le miraba, y creyendo que aque-

lla mirada tenía algo del amoroso fuego que á él le consumía, sintió un desvanecimiento tal que le hizo caer desde el banquillo al suelo en

el mismo momento en que la artista entraba por el aro, en el cual tropezó la pobre mujer, yendo á dar de cabeza en las ancas del caballo, y de allí á la arena de la pista sobre el infeliz Tom, que yacía inmóvil, atontado y con una costilla rota. El público de la galería, que creyó que todo aquello era una gracia del popular payaso, rompió en un aplauso nutrido y prolongado, mientras el desgraciado amante se retiraba, llevándose las manos á la parte lastimada y haciendo gestos de dolor que los espectadores creyeron que eran gracias.

Muchas veces, haciendo trabajar á su cerdo amaestrado, exclamaba lleno de amoroso entusiasmo:

—¡Quién te quiere á ti, hermosa criatura! ¡Luz de mi vida! ¡Amor mío!

El público reía á mandíbula batiente creyendo que las amorosas frases eran para el cerdoso artista; pero aunque á él, en efecto, se las dirigía, era ella, la rubia, quien se las inspiraba, y á ella se las dedicaba con húmedas miradas de inefable ternura. El cerdo gruñía de una manera estridente, como protestando de que se le tomara por pretexto y correo de aquella media correspondencia amorosa.

En la tarde de uno de los días de moda, después de haber almorzado sin gana y de haberse fumado dos cajetillas de cuarenta, tirándose con fuerza del copete que se levantaba sobre su frente dominando el resto del cuero cabelludo, pelado á punta de tijera, se entregó el desgraciado Tom al monólogo siguiente:

«Tom, tú no puedes vivir así; has sentido el primero y único amor de tu vida y ese amor es imposible. El empresario es hombre riquísimo que se dedica al negocio por tener ocupación; he averiguado que está para casarse con una mujer hermosa y rica; *mi rubia*... ¡mía! ¡ay! ¡ojalá!... *Esa rubia*, según mis noticias, asiste al circo los días de moda porque el empresario le manda los billetes, y alguna vez he visto que hablaban los dos... Luego es muy verosímil que ella sea la futura de ese señor. ¿Qué esperanza puedes abrigar tú, pobre *clown*? ¿Qué porvenir puedes ofrecerle? ¿Cómo has de desbancar á ese hombre, que pierde todas las noches un dineral por el gusto de tener algo que hacer? Sin embargo, aún me queda alguna esperanza. Necesito cerciorarme de que es novia del empresario, y cuando esté convencido... se queda el arte sin el excéntrico y original Tom Multon.»

Con esto dejó de tirarse del copete. Había tomado una resolución enérgica y estaba más tranquilo.

Por la noche, cuando salió á hacer el *intermedio cómico* que figuraba en la primera parte del programa, miró hacia el sitio en que solía estar ella, y con gran sorpresa vió que había otra persona en la silla que ella ocupaba generalmente.

Con esto pudo empezar sus ejercicios con una tranquilidad relativa. Pero al subirse sobre la valla para dar un salto mortal de espaldas hacia la pista, vió frente á él á la *rubia* que estaba en un palco en conversación viva y animada con el empresario.

Como la sorpresa le cogió en el momento en que hacía una violenta contracción de todo el cuerpo para tomar impulso, se quedó un rato inmóvil en aquella extraña postura, haciendo soltar la carcajada á los espectadores. Cuando volvió en su acuerdo, bajó de la valla y se marchó á su cuarto, dejando el salto en proyecto y haciendo reír de nuevo al público, que le





despidió con una salva de aplausos.

Pensando poner en práctica el proyecto que había concebido por la tarde, entró en su cuarto a disponerse para la *gran batuda americana*, que formaba parte de la segunda del programa y en la que él rayaba á grande altura por ser, como

ya sabemos, el mejor saltador de la compañía.

Llegó el momento de la *batuda*. Todos los saltadores salieron á la pista á hacer el saludo de ordenanza, y retrocedieron luego para ponerse en orden y tomar carrera, y comenzaron á saltar como locos, uno tras otro, al son de una música viva y brillante que animaba sobremanera el espectáculo. De pronto la orquesta *apianó* su sonido hasta hacerlo casi imperceptible, como anunciando un gran suceso. El público ya sabía que Tom Multon había de dar el triple salto mortal: esperó atento y sobrecogido, como si se hubiera contagiado del temor que hacía casi enmudecer á los músicos. El célebre payaso tomó carrera y fué á botar contra el trampolín con tal fuerza que salió disparado como un proyectil, con mucha mayor velocidad que la necesaria para llegar al colchón paracaídas. Una vez en el aire, abandonó su cuerpo á la inercia y fué á caer de cabeza sobre unas sillas que, por fortuna, estaban vacías.

Esta línea de puntos me excusa de describir el espanto del público y los incidentes que siguieron á la catástrofe. Sólo diré que, á los pocos días, el pobre Tom estaba en su cama, donde había luchado con la muerte, que se declaró vencida, y que el empresario estaba á su cabecera sosteniendo con él el siguiente diálogo:

—Vamos, ya está usted fuera de peligro, y, según el médico, pronto podrá usted volver á presentarse ante el público, que tanto le quiere. El mes que viene saldremos para Barcelona, donde figurará usted en la lista de la compañía como casado.

—¡Casado yo!

—Dirán los carteles, con grandes letras doradas:

«DEBUT DE LOS CÉLEBRES CLOWNS MR. Y MME. MULTON»

—Y ¿quién va á ser Mme. Multon?

—Una guapa chica que se presentará como *clownesa*, y de la cual podrá usted sacar gran partido.

—Y ¿quién es ella?

—No sé si se fijaría usted, la noche de su caída, en que yo estaba en un palco con una rubia...

—¿No era la futura de usted?

—¡Quiá, hombre! Es una artista de provincias á quien he contratado con 30 reales para que usted la presente en los intermedios cómicos, alternando con el cochino y con el estúpido.



—¡...!

—¿Qué le pasa á usted?

—¡Conque era una artista de poco más ó menos! Pues si lo sé, no doy el triple salto mortal.

José Estremera.

COPLAS

Guardando dinero, dice
que reunió un capital;
pero era que se guardaba
dinero de los demás.

Tiene bajo tierra
á su esposa Juana:
ella lo dice porque está su hombre
en la *subterránea*.

Estando la tienda sola,
ayer tarde, un *cabayero*
se mercó una cazadora.

Era un pobrecito
muy honrado y bueno;
y, por falta de unos relojillos,
le han *metido preso*.

A mí lo que me divierte
es que presumas de guapo:

¡cuando llevas en los *morros*
más días de besamanos!...

No hay que nombrar la honradez;
basta decir solamente:

—Yo no tengo que comer.

Es una chica modesta,
que, cualquiera que la trata,
hace lo que quiere de ella.

Hasta en morir desgraciado
fué Baltasar, mi compadre:
dice su esposa «que ha muerto
de cólico miserable.»

Dices que tienes marido
que para nada te sirve;
dices que tienes vergüenza
y eso, mujer, no se dice.

Eduardo de Palcio.

Las aceitunas. (Fotografías de Huerta.)



¡Pues no me han escondido las aceitunas!

¿Y si yo diera con el escondite?

Ahora que no me ven...

¡He dado con ellas!

Y ¿á qué no conoce nadie que me las he comido?

BIENAVENTURADOS LOS MANSOS...



—Bueno; pero no tardes tanto como el otro día, porque ya sabes que á eso de las tres de la madrugada se pone muy fastidioso el pequeño.

Habladurias.

La chica que vive en el sotabanco tiene relaciones con un chico manco. Y desde que saben esas relaciones, andan las vecinas en murmuraciones. Pues dicen algunas que la chica esa no saben qué tiene que se pone obesa. Mas la chica dice, sin ruborizarse, que no es cosa mala eso de engordarse. Que ella come mucho, que se encuentra sana, y si engorda, engorda de muy buena gana. Pero las vecinas son tan maliciosas, que cuando ella pasa dicen unas cosas!... Y le echan la culpa al pobre manquito de que tenga ella tan buen apetito.

Yo no afirmo nada, ni en nada me meto, y miro esas cosas con mucho respeto. Pero el otro día me dijo un vecino, que se llama creo que don Secundino: —¿Sabe usted que aquella chica tan bonita que estaba redonda como una bolita, hace ya algún tiempo que está tan delgada que parece como desencuadrada? Y lo que es más grave, siempre que pasamos cerca de su puerta, gritos escuchamos. Pero, cosa rara, todos esos gritos suenan como voces de tres angelitos. —¡Caramba! —le dije. —¿De tres nada menos? —¡Y por lo que chillan deben de ser buenos!

—Pero ¿quién la puso ese sotabanco?
—No sé quién sería, ¡pero no era manco!
—Vea usted, le dije á don Secundino, ¡Cómo se murmura de cualquier vecino!

El manco dijeron que la cortejaba. Si entraba y salía, ó si se quedaba. Y, claro que, viendo lo que ha sucedido, pues si no era manco... el manco no ha sido.

Constantino Gil.

AMOR Y ORTOGRAFÍA

Presos de amor en las redes que tejen Dios ó el demonio, uniéronse en matrimonio Paco y su prima Mercedes; y del ansia conyugal olvidando el ten con ten, de tanto quererse bien, dieron en sentirse mal. Interrogado un doctor muy su amigo, y de gran ciencia, respondió: «De esta dolencia es voluntario el dolor. Hallasteis la dicha grata, y al gozarla sin medida olvidáis que la comida, cuando se indigesta, mata. Tregua demanda el querer,

y la ordeno en adelante; creo haber dicho bastante para hacerme comprender. Que el abuso se destierre huyendo las ocasiones, y guardad las expansiones para los meses con erre.»

Volvió al esposo la esposa el pálido rostro bello, y abrazándose á su cuello dijo entre alegre y llorosa: —Cual tú la salud ansío y en tu prudencia confío... —Por mí seguros estamos; pero ¿en qué mes nos hallamos?... —¡En Agosto, Paco mío!

Manuel del Palacio.

DEFENSA DE FUMER!

Señor alcalde mayor,
de la ley fiel guardador,
aunque humilde y reverente,
le dirijo la presente
protesta de fumador.

Persona usted de valía,
yo, fumador decidido,
cuando leí el otro día
que quedaba prohibido
el fumar en el tranvía,
de este modo discurrí:
La autoridad dice «no,»
y como yo digo «sí»
ó la autoridad ó yo
estamos de más aquí.

Por el cartel desdichado
cien veces he cuestionado,
y tenga usted por sabido
que me llevan detenido
el día menos pensado.

Habrán broncas superiores,
y por causas inocentes
distraerán los cobradores
á los señores agentes
de sus tranquilas labores.

En la estación cruda y fría,
el pobre que va sin capa
tiritando en el tranvía,
con el cigarro le tapa
la entrada á una pulmonía.

Y si ahora abre el cobrador
la portezuela anterior
y entre dos vientos le toca,
¿con qué se tapa la boca,
señor alcalde mayor?

Ya sé que los fumadores
molestan á las señoras,
pero también los señores
perciben á todas horas
perfumes mucho peores.

Yo de la orden superior
esta consecuencia saco:
que es muchísimo mejor
el que olamos á tabaco
que no á otra cosa peor.

El humo es desinfectante,
y el aire impuro, además,
se renueva á cada instante,
unas veces por delante
y otras veces por detrás.

Incansable fumador,
chupo de día y de noche,
y con la orden superior
me suprime usted el coche,
señor alcalde mayor.

En el tranvía metido
ir sin fumar yo no sé,
y el cartel me ha dividido.
¿Quiere usted que vaya á pie
un escritor distinguido?

¡Eso no, por vida mía!
Aunque dispendios evite
mi modesta medianía,
los dos duros de tranvía
al mes no hay quien me los quite.

Esa ley que vitupero
en Francia costumbre es;
pero que digan no quiero
que hasta el alcalde primero
hace arreglos del francés.

Hará un mes, próximamente,
que en la corte de San Luis
sufrí el *défense* imprudente,
y me vine de París
por eso precisamente.

Busque otro vicio peor
y deje que el fumador
cure con humo el catarro.
¡No me toque usted al cigarro,
señor alcalde mayor!

José Jackson Veyan.

★

Pulvis es.

(EN EL PALCO DEL REAL)

Siéntate en mis rodillas; anda, Dolores,
que esta carga se lleva sin gran trabajo;
y recrea tus ojos encantadores
en el brillante cuadro, rico en colores,
de la alegre locura que hay allí abajo...

¡Y bésame á tus anchas! que ésta es la hora
del impudor, que el freno rompe en la orgía
¿Ves esa mascarada deslumbradora?
Pues es hervor, que arrastra, ciega y devora
de la pasión que surge fiera y bravía.

Todos en incesante revoloteo
se embriagan y enardecen... Van, de seguro,
lanzados á la culpa por el mareo,
con el alma roída por el deseo,
con la boca abrasada del beso impuro.

¿Ves cómo goza el mundo, cuál se divierte?
¡Pues tras esos placeres van los dolores!
¡Pulvis es! Pronto ó tarde llega la muerte,
y en deleznable polvo trueca y convierte
plumas, joyas y encajes, cintas y flores.

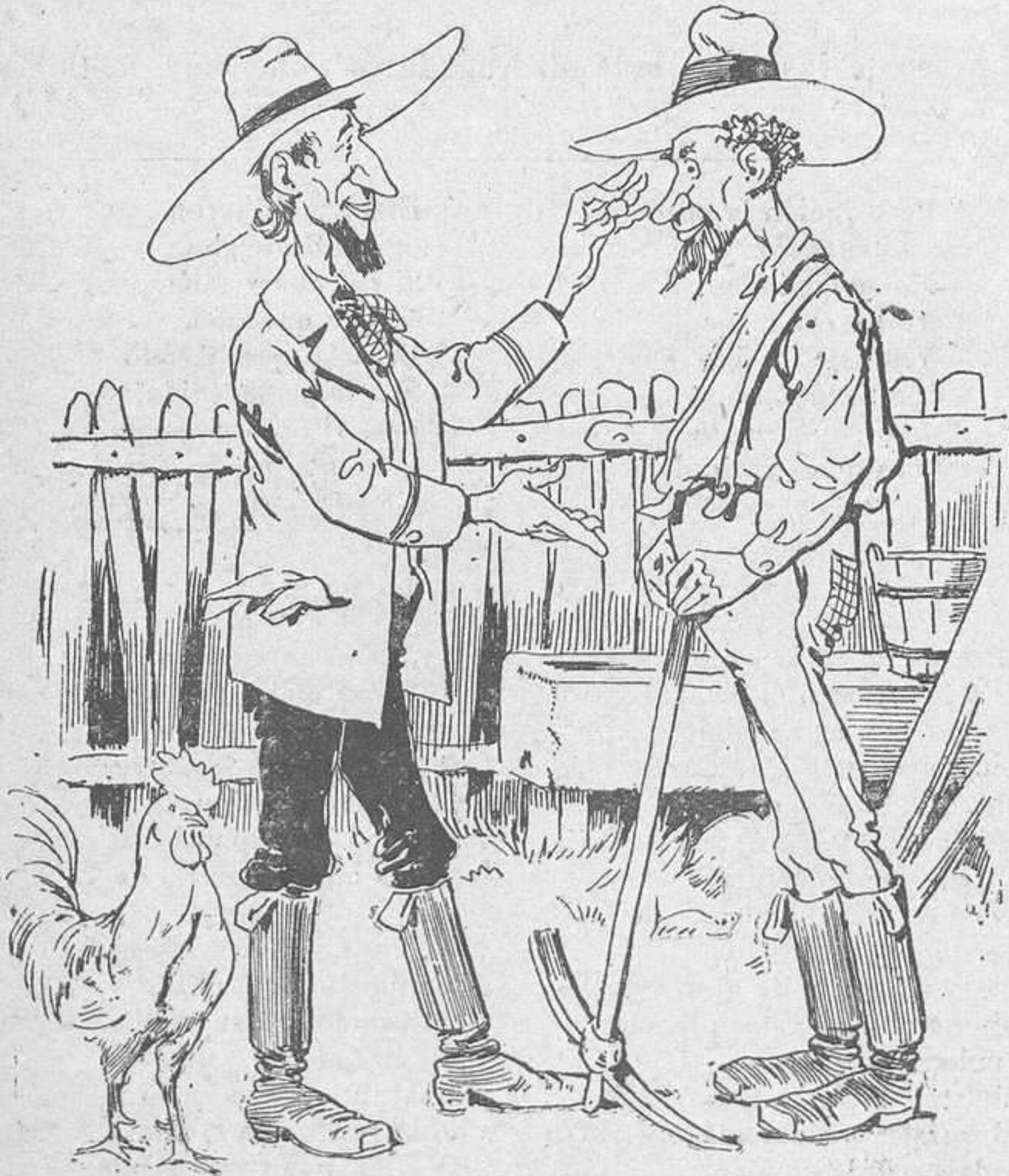
Así, siglos y siglos gozaron locas
muchas generaciones de mascaritas,
desvergonzadas muchas, cándidas pocas,
encendidos los ojos, secas las bocas,
dando y pidiendo amores, placeres, citas...

Y el tiempo inexorable borró sus huellas,
y el viento del sepulcro limpió el cotarro
de mujeres alegres, lindas y bellas;
¡ni siquiera vestigios quedaron de ellas!
¡Lo que del barro vino tornóse al barro!

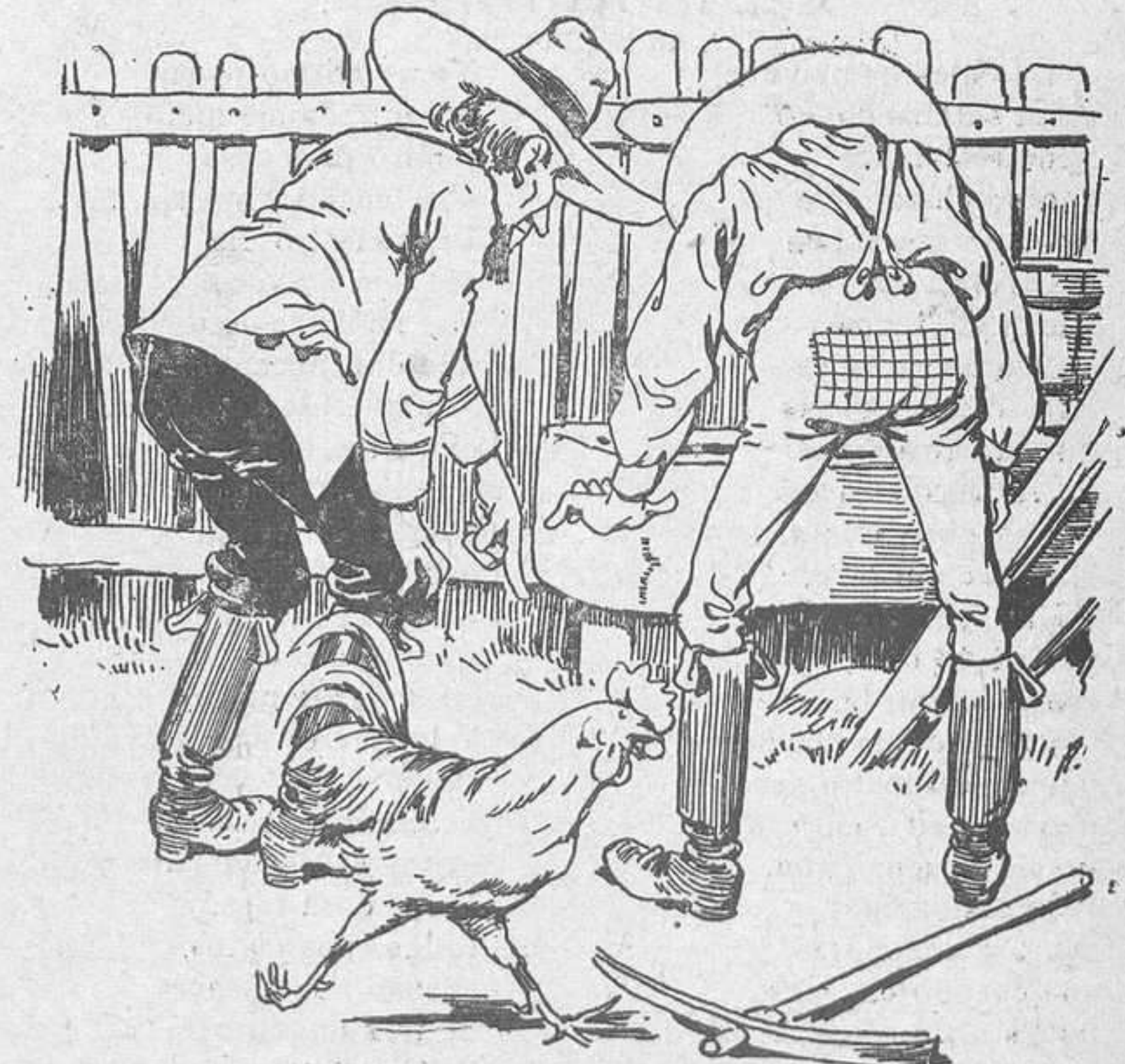
.....
¡No hay brillantes, ni sedas, ni maravillas
de luz! Anda, muchacha, dame más besos,
caliéntame los labios y las mejillas,
porque siento temblores en las rodillas,
neblinas en los ojos, frío en los huesos...
y hasta creo que todo se desvanece
y esta capucha cubre tu calavera.
El cuerpo, á tu contacto, se me estremece..
¡El polvo vuelve al polvo! ¿Qué te parece?
¡Vive Dios que es llorona la borrachera!

Sinesio Delgado.

Tarde y con daño.



—Vea usted; un brillante limpio y puro
que costó diez mil reales de seguro.



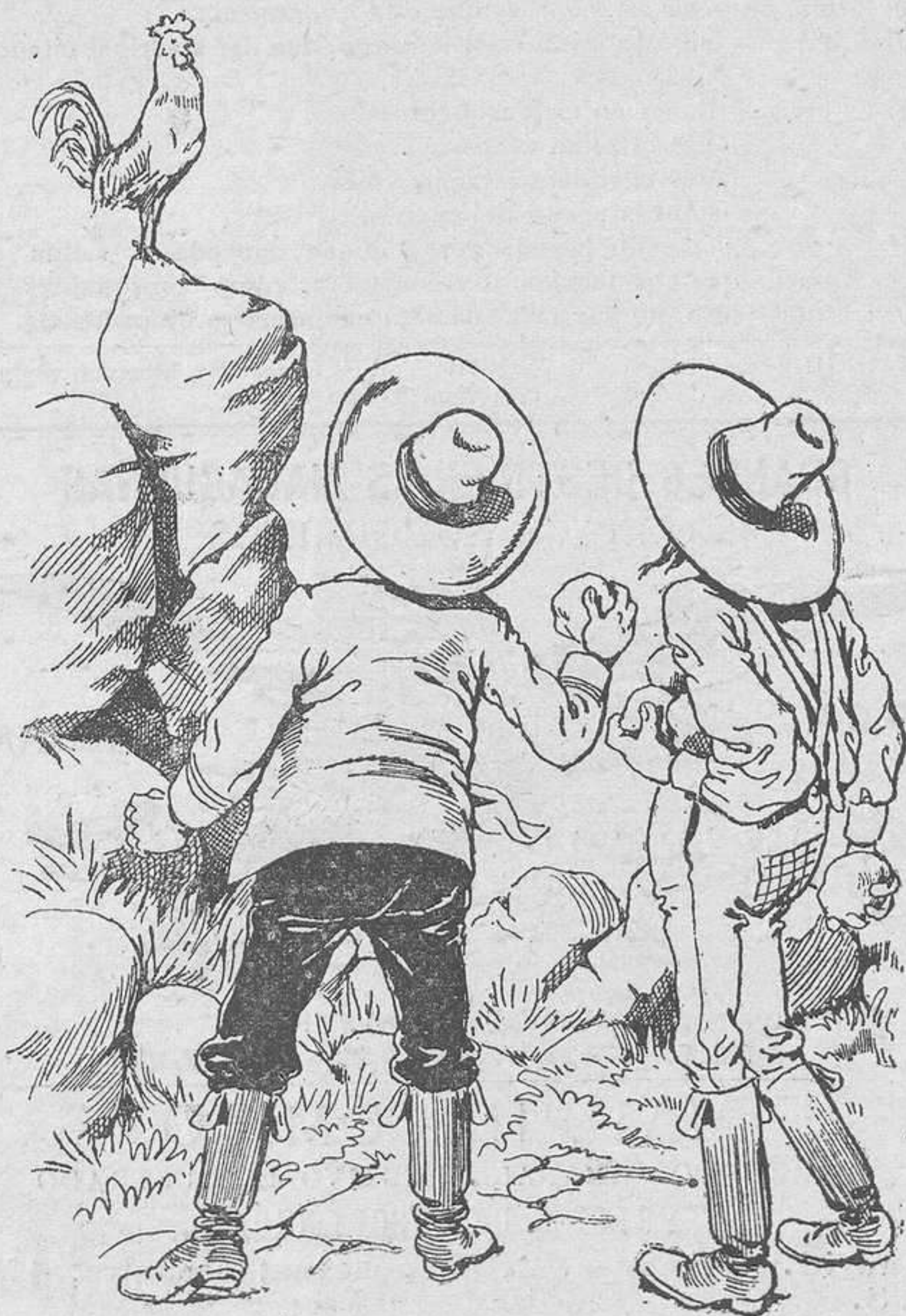
—Debe estar por aquí. Yo lo he sentido
en la punta del pie cuando ha caído.



—¡A él! Se lo tragó sin duda alguna.
¡Una alhaja que vale una fortuna!



—Ya debe estar cansado. Ea, un esfuerzo
y con la muerte pagará el almuerzo.



—¡Ladrón! Has de pagar tu picardía.
—Cuidado y afinar la puntería.



—¡Ni vestigio siquiera!
—¡Ha hecho la digestión con la carrera!

CHISMES Y CUENTOS

Pues señor, han guillotinado á Vaillant, el que arrojó la bomba en la Cámara francesa.

Le ha guillotinado el verdugo Deibler, en medio del mayor orden.

Y telegrafía el corresponsal de *El Liberal*:

«Deibler parece tener la misma sangre fría que de costumbre, á pesar de los temores que hayan podido inspirarle los anarquistas.»

Y dice el de *El Imparcial*:

«Desde que Deibler llegó á la plaza para montar la fatal máquina, se pudo observar que estaba desconcertado y trémulo y que no dirigía las operaciones con la sangre fría habitual en él.»

De donde se deduce que los historiadores se van á ver negros al llegar á tan interesante punto.

Porque no van á saber si el Sr. Deibler tuvo ó no tuvo miedo.

¡Y luego querremos estar enterados de lo que pasó en tiempo de Wamba!

—o—

Casi todos los periódicos acogen casi con entusiasmo la idea de que en lo sucesivo se celebre el Carnaval en el paseo de coches del Retiro.

Y si fuera posible llevarlo un poquito más lejos... mejor que mejor.

Porque no es razonable ni justo que, en días de trabajo sobre todo, se

